La costumbre de no respirar

ESTRENOS

Remake actualizada de una película de 1972, *Mi querida señorita* ilumina dos zonas primordiales de una persona intersexual: la dificultad de conseguir un trabajo estable y la importancia de ser parte de un colectivo para sobrevivir a la hostilidad social.

por **MAIA DEBOWICZ**

– – –

***Mi querida señorita*, de Fernando González Molina. (España, 2026), 112'.**

"Un corazón roto muerde más que un perro de presa'

(Mi querida señorita, de Fernando González Molina)

En 1972 se estrena una película española transgresora: *Mi querida señorita*. Dirigida por Jaime de Armiñán, la historia retrata a Adela Castro Molina (José Luis López Vázquez), una persona intersexual

llevar una vida como mujer, es informada por un médico, con poco tacto, que no lo es. La protagonista le pregunta al médico qué le pasa, y agrega “Le agradeceré que me hable sin rodeos. Yo soy una mujer fuerte y valiente”. El profesional le responde “Ya lo sé, y tiene razón en todo, excepto en una cosa. Es usted fuerte y valiente. Pero no es usted una mujer”. Es una escena cómica que en el presente no podría filmarse. Tampoco confundir intersexualidad con ser trans. Son los años 70, el personaje es un hombre vestido de mujer, la imagen es caricaturesca porque busca eso: hacer reír. *Mi querida señorita* fue nominada a mejor película de habla no inglesa en los Premios Óscar. Es potente como comedia, envejeció porque desinforma y es entendible que la comunidad LGBTIQ pueda ofenderse por el tratamiento de la representación.

En 1972, en Argentina, sucede un acontecimiento queer importante: una vedette de nombre Evelyn se presenta por primera vez en La Luna, un cabaret en Bahía Blanca. Evelyn es el personaje femenino interpretado por el transformista Jorge María Pérez (Buenos Aires, 1952), educado por una madre y una abuela que también se calzaron las plumas de vedette. En ese cabaret Evelyn sale al escenario con una peluca rubia fulgurante y calzas negras, canta un bolero sensual: *Quizá, quizá, quizá*. De Bahía Blanca a la calle Corrientes, en la obra “Una noche de locura” Evelyn es descubierta por Gerardo Sofovich. El productor queda deslumbrado con la pisada firme de sus botas caña alta y la elegancia al estirar los brazos enfundados en guantes blancos de ópera. Una aparición. Meses después forma parte de uno de los mayores éxitos de Sofovich, la revista *Corrientes de lujo*. Pero la propuesta revolucionaria llega tiempo después, cuando Pérez, como Evelyn, es elegida para protagonizar una comedia romántica junto a Alberto Olmedo.

La película se iba a llamar “Mi novia el travesti”, hasta que el proyecto original no fue aprobado por el censor Miguel Paulino Tato. Tampoco el título del largometraje, prohíbe el uso del término “travesti”. Poco y nada queda del guión osado, Pérez, interpretando a Evelyn (su personaje como transformista) es reemplazado por Susana Gimenez. Una mujer hetero cis, belleza convencional y tranquilizadora. El personaje de la diva en “Mi novia el...” se llama Dominique, una artista travesti con corte garçon , saco y corbata. Olmedo es el Laucha, desde la primera noche que ve el número de Dominique en una discoteca no puede sacársela de la cabeza, esa fijación conflictua sus mandamientos machistas. Para demostrarle a sus compañeros de trabajo su supuesta hombría les apuesta que puede conquistar a Dominique, y después darle una paliza. Ese argumento retrata la transfobia de los 70, con una Argentina a punto de entrar en dictadura. Si algo une a “Mi novia el” y “Mi querida señorita” es la confusión entre las identidades de género, las orientaciones sexuales, la corporalidad y los hechos artísticos (el transformismo y los números drag). Daba todo lo mismo.

Producida por los Javis (creadores de *Paquita Salas* y *La Mesías*), la nueva versión de *Mi querida señorita* actualiza el discurso de la película de 1972. A partir de estos cambios nace otra obra, muy diferente a la guionada por Jaime de Armiñán y José Luis Borau. La

médica de la película de 1972, donde Adela descubre un secreto, para comunicar de forma didáctica lo que significa la sigla I de LGBTIQ. No es una escena cómica sino didáctica y desoladora. El personaje se entera de que los padres le mintieron toda la vida, que decidieron sobre su cuerpo sin consultarle. Tomó pastillas de estrógeno desde los 15 años sin saber la razón, fue intervenida quirúrgicamente en la adolescencia para no dejar rastro de que nació con gónadas masculinas internas. Significa testículos, pero sin descender. El ginecólogo le explica (y nos explica): "No digo que seas un varón. Tienes vagina. Acortada, pero la tienes". En esa línea ocurre la actualización del clásico dirigido por Jaime de Armiñán. La otra gran diferencia es que quien protagoniza *Mi querida señorita* es Elisabeth Martínez, una persona intersexual.

La Adela de 2026 es muy joven, pero en su corta vida todavía no le pasó nada relevante. Es alta, larga como una jirafa, no regala sonrisas, es seca. La camisa cerrada hasta el primer botón, por encima de la tela un cuello con volados que la muestra aniñada e inaccesible. Baja la cabeza al hablar, el pelo largo cae y oficia de cortina, le tapa la cara. Se esconde para evitar el contacto. Sin embargo, su cuerpo sobresale, llama la atención. A sus espaldas se dirigen a ella peyorativamente como "La caballo". Adela es sobreprotegida por sus padres, vive en Pamplona, es catequista y no tiene amigos. Sí un confidente, el cura José María (Paco León). Un cura que se plancha la camisa mientras escucha a todo volumen *Entender el amor*, de Mónica Naranjo. Adela recurre a la capilla, un refugio. Es en ese vínculo donde la película crece, encuentra ambigüedades y textos que pueden molestar a cabezas conservadoras. En *Mi querida señorita* el cura tuvo novios, amantes y chongos, y desde esa memoria del goce dice: "Los riesgos que tomé, los pecados que cometí, que tan feliz me hicieron…todo eso me cubrió como una manta y me consoló. Y cuando estaba en lo más hondo, apareció Dios, como resultado de mis excesos. ¡Bum! Y

ve su cuerpo por dentro y gustar de una mujer. Isabel (Anna Castillo), la fisioterapeuta de su abuela. “Cuando estoy con Isabel, me siento libre. Y yo nunca he sido libre. Había conseguido ser invisible. Estar sola del todo. Me daba lo mismo… mi cuerpo, mi infertilidad, la medicación…Todas las cosas que no sé de mí misma”, le cuenta al cura. Atraviesa una sensación que nunca tuvo: el deseo de ser tocada en vez de levantar un muro entre una piel y otra. Sin embargo, no está preparada para afrontar esa experiencia. Escapa de Pamplona para saber quién es, quién no es, quién puede ser.

Escapar no siempre está relacionado a un acto cobarde. A veces el miedo es un trampolín que te lleva a lo inesperado. Adela deja de presentarse con el nombre asignado al nacer cuando llega a Madrid. Ahora es A.D., lleva pelo corto y un bigote, cambió el estrógeno por testosterona. Vive muy lejos de sus padres, abandona el diálogo con ellos, la furia es todo lo que tiene. Se aferra a ella para construir algo propio. Comparte un piso con una madre soltera y un chico queer. Hay una escena clave que empuja al personaje a irse del pueblo: el cura lleva a Adela a observar la entrada de un boliche LGBTIQ. “Llegar a un sitio que tu consideras tuyo, tu casa, estar con tu gente. Eso no se parece a nada”, le explica su confidente José María. El cura le enseña una manera de salir de la soledad, le insiste para que su cuerpo no sea un impedimento sino un puente de llegada a otras personas. “Cuando la pasión se reprime, se reprime la vida misma. Y el sentimiento se convierte en resentimiento. No quieras ser una resentida el resto de tu vida”, le dice. El inconveniente es que el personaje ya está consumido por el resentimiento. Y para deshacerlo empieza una vida de cero, sostenida por la falta de certezas. En una ciudad enorme donde nadie sabe quien és, que informa su documento, A.D. entra a un boliche LGBTIQ, toma la pista y baila. Es durante la danza donde el personaje (re)conoce su cuerpo. El viejo, el nuevo, el futuro.

Mi querida señorita ilumina dos zonas primordiales de una persona intersexual: la dificultad de conseguir un trabajo estable y bien pago (como le sucede a cualquier persona gay, lesbiana, trans) y la importancia de ser parte de un colectivo para sobrevivir a la hostilidad social. Una red colaborativa de guía y contención. El director y la guionista se preocupan por construir una arquitectura real alrededor del cuerpo, un cuerpo que es descubierto de a poco tras una revelación dolorosa. La problemática de ser una persona que rompe con la norma no pasa solamente por ser señalado sino por ser invisible. A veces por autoprotección, la violencia despierta frente a lo distinto; otras porque prefieren no verte. Excluirte de las necesidades básicas de un individuo: tener trabajo, comida, un techo.

Los Javis trajeron al arte audiovisual LGBTIQ la posibilidad (y el derecho) de pertenecer al colectivo y que eso no te desaloje de la fe católica. Algunos espectadores queer podrán sentirse traicionados por esa actitud, ponerse cerca, incluso dentro, de una iglesia, cuando han sido rechazados. Sin embargo, creo que es todo lo contrario, en ese acto asoma la rebeldía de los Javis: no buscan la aprobación de la palabra del Papa de turno para rezar y creer en Dios.

– – –

Maia Debowicz

Es periodista. Escribe en Suplemento SOY (*Página 12*), *Haciendo Cine, Infobae* y *El Amante*. En Twitter es @Maia_Debowicz.

Por Maia Debowicz

Ya no me importa

Por Maia Debowicz

Desarma y sangra

Feater